

CENTENARIO NACIMIENTO
CARDENAL **TARANCÓN**
1907-2007

WWW.CARDENALTARANCÓN.ORG

ENFERMEDAD Y MUERTE DE MONSEÑOR LUIS PÉREZ

(páginas 101, 102 y 103 de “Conversaciones con el Cardenal Tarancón”)

El triunfo de las derechas en las elecciones de 1933 había desconcertado a los partidos de izquierda. Creyeron que se les escapaba de las manos lo que habían conseguido con tanto esfuerzo. Y empezaron a prepararse para hacerse con el poder por medios violentos. El primer brote de ese plan fue la Revolución de Asturias, que, iniciada por los socialistas y apoyándose en los mineros, puso en jaque al Gobierno, que tuvo que movilizar al Ejército para sofocarla.

Monseñor Juan Bautista Luis Pérez, obispo de Oviedo y consiliario nacional de la Acción Católica, no estaba en su sede cuando estalló la revolución. Había empeorado de una enfermedad que se le manifestó años antes y estaba pasando unos días de descanso por prescripción facultativa.

En los primeros días de la revolución, llegó una noche inopinadamente a nuestra Casa, acompañado de su secretario de Cámara. Se le veía derrotado. A su enfermedad, gravísima, como se vio en seguida, se unían las noticias trágicas que le llegaban de la capital de su diócesis en la que habían asesinado a unos cuantos sacerdotes, entre ellos a su vicario general, don Juan Fuertes, que gobernaba la diócesis en su ausencia.

Los médicos que le visitaron fueron muy pesimistas en su diagnóstico. Aunque no nos lo dijeron claramente, parece que se trataba de un cáncer de garganta. Lo que sí dijeron era que, a su parecer, le quedaban muy pocos días de vida. Al saberse gravemente enfermo, decidió trasladarse a un convento de religiosas —ellas le consideraban su fundador— para estar mejor atendido. Residía allí con su secretario, hasta que al liberarse Oviedo, mandó allá a su secretario con el cargo de vicario general.

Yo me ofrecí para acompañarle. Era paisano mío y consiliario de la Acción Católica; nuestro superior inmediato. Parecía que debía asistirle uno de nosotros y debía ser yo por razón de paisanaje.

No permitió que yo me quedase en el convento. Me pidió que fuese todos los días a darle la comunión —él no podía celebrar la eucaristía— y a prestarle los servicios urgentes.

Durante dos meses —lo que duró su vida— estuve despachando con él todos los días y le daba la comunión. Hablaba muy poco. Se le veía derrotado. El cáncer le hacía sufrir mucho, pero nunca le oí quejarse.

Su vida fue extinguiéndose poco a poco hasta que, plácidamente, entregó su alma a Dios.

He recordado siempre —considerándolo como un verdadero regalo de Dios— esos días de relación con monseñor Luis Pérez, y el haberle podido asistir en sus últimos días. Y hasta he querido ver, después, en este hecho, un «designio» de Dios.

Porque no deja de ser curioso el proceso, muy semejante al suyo, que ha seguido mi vida episcopal. Los dos nacimos en Burriana, fuimos consagrados obispos en el mismo templo parroquial y estuvimos de obispos en Oviedo y Toledo. También fui yo, cuando era secretario del Episcopado, consiliario general de Acción Católica, a la muerte de monseñor Zacarías de Vizcarra.



Vicente Enrique y Tarancón